

La Revista Blanca

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

N.º 11. Año 26. - Segunda época

BARCELONA

15 de Noviembre de 1924

SUMARIO: *El Hombre y la Tierra* (continuación): Eliseo Reclus. — *El arte literario francés*: Jacques Descluze. — *Interpretaciones sobre el moderno concepto de libertad*: Federico Urales. — *Efemérides del pueblo*: Soledad Gustavo. — *Paris-Niza*: A. Delaville. — *La mujer única*: Federica Montseny. — *La muerte de un escritor egregio*: Anatole France; David Diaz. — *La idea anarquista; su pasado, su porvenir* (V): Max Nettlau. — *Curiosidades históricas y científicas*: El Bachiller de Salamanca. — *El último Quijote*, novela (continuación): F. Urales. — **EN LAS CONTRACUBIERTAS**: *Vuelta a la antigua moral*: Casimiro Pla. — *Comentarios*. — *El Esperanto al servicio del proletariado*. — *El sindicalismo y nosotros*. — *La «Novela Ideal»*. — *La Vida; páginas de miseria y de dolor*: Diógenes. — *Suscripción pro presos cuestiones sociales*. — *Sobre unas notas*. — *Más de las maniobras de los comunistas*. — *Mesa revuelta*. — *Notas administrativas*.

EL HOMBRE Y LA TIERRA

ELISEO RECLUS

(Continuación)

La necesidad de soledad perfecta es una aberración que pueden permitirse, en un estado de cultura avanzado, unos desgraciados locos por el delirio religioso o destrozados por los delirios de la vida, como los Fakires y los Anacoretas, y todavía obran así porque a pesar de todo se sienten solitarios de la Naturaleza ambiente, que les trae cada día el pan necesario en cambio de rezos y bendiciones. Si el devoto estuviera enajenado en un éxtasis perfecto, exhalaría el alma en el lugar mismo de su postramiento, y el desesperado se dejaría morir como el animal herido que se oculta en la sombra del bosque.

Pero el hombre sano de la sociedad salvaje, cazador, pescador o pastor, gusta de encontrarse con sus compañeros. El cuidado de su labor le obliga con frecuencia a acechar solitariamente la caza, a perseguir el pescado en un estrecho esquié batido por las olas, a alejarse del albergue común para buscar mejores pastos; pero en cuanto los amigos pueden reunirse, provistos de víveres en abundancia, vuelven al campamento común, punto inicial de la ciudad.

Según las interesantes investigaciones de los etnólogos americanos, en las comarcas meji-

canas del Norte se encuentran las poblaciones que mejor han logrado hasta nuestros días mantenerse apartadas de los otros hombres, a causa de la cintura de desiertos que las rodea del lado de la tierra, y del estrecho que limita la isla del Tiburón, la parte más importante de su dominio. Como viven fuera de los caminos de emigración de los pueblos, ignorados de los mercaderes, vigilando siempre para huir de todo ser viviente que no sea pieza de caza, los Seris han conservado también las condiciones primitivas de la humanidad, que hace poco no habían alcanzado aún el período eolítico: no sabían siquiera retocar una piedra rota, aunque se servían de un guijarro en bruto atado con una cuerda de bejuco o raíces.

Estaban, pues, en un estado social anterior a las «edades de piedra», pero tenían sobre todos los demás hombres, y poseen todavía sobre sus contemporáneos, la ventaja de la velocidad, puesto que no hay animal al que no cansen a la carrera: gracias a esa rapidez de marcha han podido vivir a pesar de todo, escapando a las matanzas en masa que practicaron sucesivamente los españoles y luego los mejicanos «civilizados».

Los Seris, por horror a sus vecinos, se han